

CONFERENCIA DEL MAESTRO
OMRAAM MIKHAËL AÏVANHOV

LA ARMONÍA
Bonfin, 15 de julio de 1970

Hace un rato, comiendo almendras, mis queridos hermanos y hermanas, pensaba que podríamos plantar aquí, en el Bonfin, todo un campo de almendros. En primer lugar, el terreno se presta para ello, porque los almendros son unos árboles que crecen en los lugares más áridos y no necesitan ser regados, pero, sobre todo, porque la almendra es un fruto muy rico desde el punto de vista nutritivo, que incluso contiene elementos contra el cáncer. Sí, no lo sabéis, y la medicina quizá tampoco lo sepa, pero las almendras son muy eficaces contra el cáncer. Si coméis al menos tres cada día estaréis prevenidos, protegidos. Algunos dirán al cabo de una semana que ya están hartos de comer almendras... Pero hay un medio de comerlas cada día sin que os harten, es triturarlas, poniendo una o dos cucharadas en la ensalada, en la sopa, etc... Es un alimento extraordinario, pero pocos se han dado cuenta.

Tenemos, pues, que plantar almendros, y cada año los hermanos y hermanas podrán coger paquetes y paquetes de almendras que podrán comer en sus casas. Tenemos varias hectáreas de terreno; evidentemente, no están completamente desbrozadas, pero se hará rápidamente y, si algunos hermanos quieren plantar estos almendros, tendrán un trabajo muy agradable, muy poético. Este año no somos privilegiados; por culpa de la helada no hemos tenido almendras. Sólo los árboles de mi jardín han resistido, pero tampoco han dado muchas. Lástima, porque las almendras más gordas que se han visto jamás se encuentran en mi jardín. Pero este año ha habido muy pocas, y lo mismo ha sucedido con los olivos. Hay años así... Por otra parte, para cada cosa, para cada persona, hay años fértiles y años en los que nada crece. Sí, las vacas gordas y las vacas flacas...

Pero, a propósito de las almendras, me gustaría hablaros de un hecho que a menudo he constatado. Muchos las compran descascarilladas. Claro que es más práctico, es más rápido, más ligero, pero no os lo recomiendo,

porque no se sabe desde cuándo estos frutos están descascarillados y han podido perder todas sus partículas etéricas, toda su vitalidad. No son nutritivos, por tanto, y ni siquiera tienen gusto; es como si comieseis cadáveres. Para ciertos frutos o legumbres es diferente; el arroz integral, el trigo, las judías blancas, por ejemplo, conservan sus propiedades nutritivas y su sabor, aunque se les haya quitado la piel o la corteza, porque todavía poseen otra película debajo. Pero las avellanas, los cacahuets, las almendras, etc... No hay que comprarlas nunca descascarilladas, porque ya no recibís de ellas ninguna energía. Ni siquiera vale la pena comerlas. Y tampoco hay que comer nunca frutas y verduras que hayan sido recogidas desde hace mucho tiempo, porque ya están marchitas, ya están muertas. Quizá salga más barato, pero, en realidad, sale más caro, porque no recibís de ellas ninguna vida. Y la vida es lo que cuenta; si tenéis la vida podéis obtener todo lo demás, porque una parte de esta vida se transforma en inteligencia, otra se transforma en amor, otra en voluntad, en actividad, en energía... Pero cuando la vida disminuye, se acabó. Si tomásemos la costumbre de contar con la vida, más que con lo exterior, todo cambiaría.

Y ahora, ¿por qué la almendra es tan eficaz contra el cáncer? Porque los elementos que la componen están dispuestos con una armonía perfecta, y esta armonía se opone, justamente, a la invasión del organismo por el cáncer, que no es, en realidad, más que el resultado de un desorden, de una anarquía. Así pues, cuanto más se instala en el mundo el espíritu de anarquía, tanto más se propaga el cáncer. Los médicos no saben eso, y tampoco saben que cada enfermedad tiene su origen en una debilidad o un vicio en el hombre mismo. Son, pues, los hombres los que crean las enfermedades.

Cuando el nerviosismo aumenta, una enfermedad aparece... Cuando la sensualidad aumenta, aparece otra enfermedad... Cuando la desarmonía aumenta, aparece una tercera enfermedad. Todas las enfermedades son la consecuencia de un desorden determinado, y el cáncer es la consecuencia de la anarquía. Para prevenir el cáncer hay que trabajar, pues, en la armonía, pensar cada día en la armonía, armonizarse cada día con la humanidad, con todo el universo. Claro que no seremos capaces de vivir ininterrumpidamente en esta armonía perfecta; pero siempre debemos retomar las riendas, ser siempre conscientes, estar vigilantes, no mantener durante mucho tiempo en nosotros un estado de desarmonía, porque, si no, este estado se propaga hasta las células y corta todas las comunicaciones, todas las corrientes, hasta el momento en que el organismo ya no puede remediar el desorden.

Hoy en día, precisamente, por todas partes se alienta un poco este espíritu de anarquía. Casi se diría que se forma en las escuelas, en donde se enseña cómo desorganizarlo todo incitando a los hombres a la ira y a la rebelión. Es la Logia negra la que hace este trabajo en ciertos países. Sí, en vez de propagar virus para desencadenar una guerra biológica, lo que les atraería reproches por parte de los demás, algunos países, para destruir a sus adversarios, propagan el virus del descontento y la rebeldía. ¡Y ahí tenéis el cáncer! Inconscientemente, todos los contestatarios y anarquistas se vuelven conductores de este virus; y, al contrario, todas las órdenes iniciáticas, que trabajan para que reine la paz, la armonía, la fraternidad, para que los hombres puedan comprenderse, unirse y amarse, propagan gérmenes que aniquilan el del cáncer. Si estos centros iniciáticos no existiesen, toda la humanidad llegaría a ser alcanzada. Ya sé que muy pocos aceptarán esta idea. Dirán: "¿Pero qué cuenta? No existe ninguna relación entre la anarquía y el cáncer... Ésta no es la opinión de los biólogos." Pues bien, ¡que se queden con la opinión de los biólogos! Yo os digo la verdad: el cáncer es la consecuencia de la anarquía que se propaga en el mundo. Por eso, debemos trabajar para la armonía todos los días, mañana y tarde.

Me doy cuenta de lo difícil que será para vosotros comprenderme, no intelectualmente, claro, sino profundamente, con todo vuestro ser.

Todo en la vida contribuye a arrastrar a los humanos a unas actividades que están muy lejos de la armonía, ¡sobre todo de la armonía tal como la conciben los Iniciados!... Pero procurad, de todas formas, escucharme atentamente.

En la armonía están incluidos todos los bienes: el florecimiento, la felicidad, la luz, la salud, el gozo, el éxtasis, la inspiración... La armonía es la poesía, la música, la pintura, la escultura, la danza. Todo el universo está comprendido en la armonía, toda la perfección, todas las cualidades, todas las virtudes. Por eso, los que propagan el desorden serán un día también completamente disgregados, triturados, pulverizados, porque trabajan con unas fuerzas negativas, hostiles, destructoras. Hay que decidirse, de una vez por todas, a comprender las leyes de la naturaleza, a aprender cómo está construido el hombre y cuáles deben ser sus relaciones con estas leyes de la naturaleza. Si queréis vuestra felicidad, vuestro florecimiento, debéis pensar en la armonía, poner os en armonía con todo el universo. No lo lograréis inmediatamente, pero, si perseveráis, un día llegaréis a sentir que, desde los pies hasta la cabeza, todo en vosotros entra en comunicación y vibra al unísono con la vida cósmica. Entonces comprenderéis lo que son la vida, la

creación, el amor... No antes. Antes no podéis comprenderlo. Intelectualmente, exteriormente, nos imaginamos que comprendemos algo. No, la comprensión, la verdadera comprensión no se hace ahí, en algunas células del cerebro; se hace con todo el cuerpo, incluso con los pies, los brazos, el vientre, el hígado... Todo el cuerpo, todas las células deben comprender.

La comprensión es una sensación. Sentís, y entonces comprendéis y sabéis: Porque lo habéis saboreado. Ninguna comprensión intelectual puede compararse con la sensación. Cuando experimentáis amor, cuando experimentáis odio, ira, pena, sabéis lo que es. Si decís: "Yo sé lo que es el amor", y no habéis estado nunca enamorados, es falso. Pero si habéis sentido el amor, lo conocéis. Quizá no podáis explicarlo, ni expresarlo, pero lo conocéis, y lo conocéis verdaderamente. Porque conocer es eso: vibrar al unísono. Cuando todo vuestro ser vibra al unísono con una idea, con un sentimiento, con un ser, con un objeto, los conocéis. Por eso, el discípulo debe tener como preocupación esencial entrar en armonía con todas las jerarquías celestiales para vibrar al unísono con ellas. Si trabaja así, día y noche, para la armonía, llegará a saborear unas sensaciones indeciblemente bellas y preciosas; a menudo he pensado en hacerlos todo un ciclo de conferencias solamente sobre la palabra "armonía", sobre lo que representa la armonía en todos los dominios.

Al lado de la inmensa cantidad de los que trabajan para la destrucción y forman montañas de dificultades y de oscuridad, apenas se encuentra un puñado de hombres que comprenden que hay que unirse para trabajar en apartar todas las enfermedades, todas las guerras, todas las desgracias. Y estos pocos hombres no son capaces de luchar contra la influencia nociva de los demás. Siempre he dicho que la cantidad es muy importante: la cantidad de aquéllos que son buenos, puros, que están en la luz y son capaces de participar en la formación de una fraternidad universal cuyas decisiones pesarán en las balanzas del mundo. Pero, en vez de comprender y de unirse para transformarlo todo, en vez de participar en esta obra formidable, la mayoría de los humanos se quedan ahí, siendo individualistas, estando separados, aislados; y sólo trabajan para sí mismos.

Y si, por ejemplo, los hermanos que vayan a venir a plantar estos almendros trabajan también para que les recompensen, para que les digan: "¡Ah! ¡Bravo!, ¡Sois magníficos!"... es que no son desinteresados. Los verdaderos espiritualistas trabajan por una idea, para una idea divina, y es esta idea la que les recompensa, porque esta idea, que está en conexión con

el Cielo, ya es todo un mundo; trabajan para una idea, y esta idea se encarga de aportarles el gozo, el entusiasmo, la esperanza. Si no tenéis una idea divina por la que trabajar, aunque os paguen, no tendréis ni gozo ni felicidad, porque no estáis conectados con el Cielo. Mientras que, si trabajáis por una idea, aunque no os den las gracias, aunque no reconozcan lo que hacéis, os sentiréis siempre en la plenitud. Debéis comprender eso. Poned una idea divina en vuestra cabeza, trabajad para una idea divina, y veréis lo que esta idea hará por vosotros: mejorará toda vuestra existencia, os prolongará incluso la vida.

¡Yo trabajo para una idea! Si soy diferente de la mayoría de la gente, no es porque sea más inteligente, o más fuerte, o más rico, o más sabio, no, ¡hay tantos que me superan en todos los terrenos!, sino porque trabajo por una idea, así de sencillo. Pero id a hacer comprender a la gente el poder y la eficacia de una idea, cómo actúa, ¡cómo vive! Mis queridos hermanos y hermanas, no hay nada más poderoso y más estimulante que una idea divina, creedme. Os estoy hablando de lo que ya he verificado por mí mismo. Todo lo que os digo, lo extraigo de mis propias experiencias.

Algunos de los que vienen aquí, mientras piensan que hay conocimientos que aprender, o que pueden encontrar alguna chica bonita, son asiduos, entusiastas... Pero, cuando han llegado a obtener lo que querían, piensan que ya no vale la pena seguir en la Enseñanza y la abandonan. Esto es así porque no trabajan para una idea desinteresada, trabajan para sí mismos. Y los que vienen por mí, porque me encuentran simpático, o yo qué sé, pues bien, tampoco está la cosa segura, porque el día en que yo ya no sea exactamente como les gusta que sea me abandonarán. Yo quiero que vengan por la idea de la Enseñanza, por esta filosofía, porque no han comprendido que no deben estar aquí ni por mí, ni por ellos, ni por tal o cual persona, sino para contribuir al bien del mundo entero, para que esta idea de la Fraternidad Blanca Universal sea reforzada, alimentada, y llegue hasta las fronteras de la humanidad. Algunos sólo vienen a la Fraternidad cuando estoy aquí; eso prueba que no se puede contar con ellos, y no me siento demasiado halagado por su actitud. Si creéis que estoy contento pensando: "¡Ah!, ¡Sólo vienen por mí!"... En absoluto.

Un día Nastradine Hodja entró en una taberna. Como volvía del trabajo no tuvo tiempo de cambiarse y, cuando entró con su viejo traje remendado, nadie le dijo: "Buenos días, Nastradine Hodja... Toma un poco de café, un poco de lukums...", no, nadie, ¡y no le gustó! Se fue entonces a

su casa a ponerse su mejor traje; su abrigo de pieles (en búlgaro lo llamamos Kojub), y su kalpak, y volvió a la taberna. Entonces, inmediatamente, se armó un revuelo: "¡Buenos días, Nastradine Hodja!... ¡Siéntate, Nastradine Hodja!... ¡Traed café y lukums para Nastradine Hodja!..." Entonces Nastradine miró lo que le estaban trayendo, tomó un faldón de su abrigo y le dijo: "¡Toma! Come... bebe... ¡todo eso es para ti!". ¡Qué corte para los otros! Les quiso mostrar que sólo le habían acogido tan bien por su abrigo.

Y conmigo es lo mismo. Se imaginan que me complacen cuando vienen sólo por mí... No, ¡la historia de Nastradine Hodja! Los hermanos y hermanas no se dan cuenta de que este yo para el que vienen no es más que un abrigo. El verdadero Yo no es éste que está ahí, ante vosotros, el verdadero Yo, mi verdadero Yo, es la Enseñanza, porque yo estoy soldado, fundido, identificado con la Enseñanza. Si queréis amarme, amad la Enseñanza, y me amaréis a mí. Yo, no sabéis lo que soy. Algunos hermanos y hermanas me han dicho a veces: "Le hemos sentido en el viento... Le hemos sentido en los árboles..." Sí, estoy por todas partes, en toda la naturaleza. Este cuerpo que está ahí, delante de vosotros, sólo representa una millonésima parte de lo que realmente soy. Lo demás está en otra parte.

Aquéllos que trabajan por una idea son seres fuertes, poderosos, y el Cielo cuenta con ellos. En cuanto a los demás, van a pasearse, un día por aquí y otro día por allá, y no comprenderán nunca nada. Nuestra Enseñanza es una Enseñanza divina y debemos trabajar para ella sin buscar nunca ser recompensados. Cualquier trabajo que hagáis aquí, en el Bonfin, pensad que lo hacéis por la Enseñanza, para que esta idea se propague, la idea del Reino de Dios en la Tierra, la idea de la armonía y del amor, y entonces incluso las enfermedades desaparecerán. Sí, y si en la Tierra existen verdaderos médicos y verdaderos sanadores son los Iniciados, porque sin dar medicamentos van a la fuente de la enfermedad: la ausencia de armonía. Los otros sólo intervienen cuando ya es demasiado tarde. Hay que curar a los humanos antes de que caigan enfermos. Cuando la desarmonía comienza a penetrar en ellos, es decir, el odio, la maledicencia, la maldad, los celos, la rebeldía, se está instalando ya la enfermedad, porque la enfermedad no es otra cosa que un desorden. Y cuando un desorden se encuentra con otro desorden, ¿qué queréis?... ¡hacen buena pareja! Mientras que, si la armonía está en vosotros, el desorden no puede penetrar, la armonía se lo impide.

Éstas son unas leyes muy importantes que hay que conocer. Si os

interesa verdaderamente vuestra evolución, vuestro fortalecimiento, vuestra victoria definitiva, debéis trabajar para la armonía; armonizar todo vuestro ser con las fuerzas del universo. Todo el poder del discípulo reside, precisamente, en su voluntad de ponerse en armonía, nadie puede impedirselo; posee la voluntad libre de armonizarse con el cuerpo universal, de alcanzar la cima y de vivir la vida de Dios. Porque el universo entero no es otra cosa que una armonía, esta armonía cósmica que se llama la música de las esferas. Yo la oí; es algo indescriptible que casi no se puede soportar: la sensación de dilatarse en el espacio hasta disolverse en él. Sí, el Cielo me permitió saborear la música de las esferas...

Y ahora, para saber si habéis logrado poner os en armonía, es fácil, todo vuestro ser os dirá si cada célula vibra al unísono o si queda en alguna parte alguna nota falsa, alguna disonancia. No es necesario que alguien venga a decíroslo. Es exactamente como cuando tenéis hambre o sed... Después de haber comido y bebido no tenéis necesidad de que nadie venga a deciros si estáis saciados o si ya no tenéis sed. Y cuando un día lográis obtener este estado de armonía sentís que llegan de todas partes fuerzas formidables que se introducen en vosotros; sentís que irradiáis, que proyectáis partículas, que vuestra aura vibra... Vivís maravillados. Y, en cambio, cuando estáis en el desorden, en el estrépito, en el caos, pueden decir que sois magníficos, extraordinarios, lo que quieran, pero vosotros os sentís, en el fondo de vosotros mismos tan confusos, tan inquietos, tan débiles, que no sabéis dónde meteros, y hasta tenéis vergüenza de presentaros ante los demás. ¿Acaso tenéis necesidad de que os digan, entonces, en qué lamentable estado os encontráis? No, ya lo sabéis.

El mundo invisible quiere instruirnos a través de nuestra propia experiencia, y no se escapa nadie. Pero los humanos no comprenden este lenguaje y no sacan ninguna conclusión. Sin embargo, el verdadero trabajo está, justamente, en estas experiencias que deberíamos estudiar para sacar conclusiones, con el fin de poder ir mucho más lejos en la vida espiritual. Pero no, toda la vida harán estas experiencias y seguirán tan idiotas como antes, sin reaccionar para poder mejorar la situación. Sufren, claro... no están contentos de sí mismos, claro... pero están acostumbrados a estos desórdenes y no hacen nada... van tirando. Mis queridos hermanos y hermanas, hay que comprender inmediatamente que debemos salir de esta situación. Y para salir de ella hay que meditar en la armonía, desearla, amar la armonía, introducirla en todas partes, en cada movimiento, en cada palabra, en cada mirada, ¡Tampoco es tan difícil!

Todo el tiempo que lleváis aquí hubierais debido trabajar sólo con la armonía. Mientras que ahora cada uno trabaja con una pequeña cualidad, con una pequeña virtud: la paciencia, la indulgencia, la generosidad, etc... ¡Pero eso son sólo migajas al lado de la inmensidad que es la armonía colectiva! Evidentemente, está muy bien ser generosos, indulgentes, buenos, dulces, humildes, pero muchos, que poseen ya estas cualidades, viven aún en la desarmonía, y no se vuelven perfectos con estas cualidades. Hay que dejarlas de lado; pues, ni siquiera hay que ocuparse de ellas. Diréis: "¡Pero es horroroso lo que nos aconseja! La religión no nos ha enseñado nunca cosas semejantes." ¡Dejad también la religión tranquila!... Ocupaos solamente de la armonía, porque ella contiene todas las demás cualidades y virtudes.

Cuando tocáis el corazón, el alma de un hombre, tocáis todo su ser. Tocad su corazón, y todo su ser empieza a sentir que ha sido alcanzado, captado. Para expresar que hemos sido profundamente conmovidos, decimos a menudo: "¡Me ha tocado el corazón!" Hay que tocar el corazón, pues, el corazón de las cosas, el corazón del universo. Y el corazón del universo sólo podréis alcanzarlo con la armonía. Gracias a esta armonía obtendréis todas las cualidades, todas las virtudes. Sin trabajar sobre tal o cual virtud, éstas vendrán hacia vosotros porque habréis tocado el corazón y no sólo la periferia, en alguna parte, allá abajo... Si queréis tocar el corazón del universo no lo conseguiréis con vuestras pequeñas virtudes de nada. Que seáis avaros o generosos, que estéis nerviosos o tranquilos, que seáis tiernos o duros, todo eso no tiene gran importancia. Existen seres que, con todas las virtudes, no han logrado tocar el corazón del Eterno. Sólo se puede tocar el corazón del Eterno entrando en armonía con Él, vibrando al unísono con Él, es decir, haciendo Su voluntad, sometiendo a Él. Aquí es donde la palabra sumisión toma una importancia formidable. Si no sois sumisos con los humanos ignorantes y malvados, no pecáis contra el Eterno, porque no estáis obligados a estar al unísono con todos los idiotas y los criminales de la Tierra. Obedeced solamente al Creador y, después, la razón os dirá si debéis obedecer a los humanos o no.

Mientras que, actualmente, los humanos han decidido ser libres, independientes, rebelarse, estar en desacuerdo con los proyectos de Dios, con la voluntad, con el pensamiento de Dios, y de ahí vienen todas las desgracias. Porque es, precisamente, el pecado de Lucifer y el de los primeros hombres el que se repite indefinidamente en la humanidad entera. Este deseo de liberarse, de ser anárquicos, de levantarse contra las órdenes del Eterno, es la causa de todas las enfermedades, de todas las desgracias y

de todas las guerras. Hay que comprenderlo. Yo lo he comprendido en toda su amplitud. He observado, he analizado, he estudiado, he ido hasta el corazón de las cosas y he comprendido que la causa, el principio de todos los males, es esta ruptura con la voluntad divina, y puedo decirlos en detalle de qué forma se refleja y se manifiesta en todos los dominios. Lo he analizado todo, todo, y es muy sencillo, muy claro, muy fácil de comprender; incluso podemos resumirlo con una sola frase. Ésta: desde que los hombres cortaron la conexión con la armonía celestial todas las desgracias empezaron a desencadenarse sobre ellos. Y todavía será peor, porque se alejan cada vez más, se vuelven cada vez más anárquicos, ya no respetan nada. Sí, todo esto toma unas proporciones espantosas. Por todas partes, incluso en la religión, incluso en las enseñanzas espiritualistas, todos están contaminados por los gérmenes de la anarquía, y esto producirá acontecimientos catastróficos.

E incluso con una Enseñanza como la nuestra, que puede acercar cada ser, cada alma, cada corazón, a esta luminosa comprensión, los hombres no están muy dispuestos a comprender. Prefieren abrirse a todas las corrientes de la anarquía que se propaga, en vez de la armonía universal. Por eso no puede ser feliz. No se trata de mí, desde luego, porque para mí ya he realizado esta armonía. Pero mi felicidad no es completa, porque mi verdadera felicidad apunta a vuestra felicidad y a la de todos los hombres. Mientras sólo se trate de hacer mi trabajo, de ponerme en armonía con la Divinidad, tengo todo lo que necesito, soy absolutamente feliz, vivo en la plenitud. Pero mi tarea no se termina ahí. Mi trabajo no es el de ser como muchos religiosos cuya única meta es salvar su alma. Debo hacer todos los esfuerzos para que lo que he logrado realizar en mí los demás puedan también realizarlo. Pero no lo consigo. Trato de tirar de ellos, de arrastrarles, pero no lo comprenden, no me siguen. Por eso no puedo ser feliz. No me han dado la tarea de ser feliz sólo yo, sino la de hacer participar a todos los humanos de esta felicidad.

Si los hermanos y hermanas hicieran esfuerzos para comprender y profundizar llegarían a las mismas concepciones, a la misma luz, a la misma plenitud y entonces estaría sostenido, ayudado, y todos juntos podríamos conmover la Tierra entera, hacer el bien al mundo entero. Pero no llegan a seguirme, no quieren comprenderme, eso es lo que siento; tienen otros proyectos en su cabeza que están absolutamente en las antípodas de lo que yo cuento. Éstas son mis penas y mis tristezas, ¿lo comprendéis? No se trata de mí. Para mí ya he resuelto muchos problemas. Pero mi trabajo no es quedarme solo, feliz, cumpliendo la voluntad del

Cielo... A veces me pregunto, si aunque me oyesen hablar durante varios siglos, los hombres llegarían a comprenderme. ¿Es que necesitan las desgracias, los sufrimientos, las enfermedades y las privaciones para que empiecen a comprender? Sí, el único medio de hacer comprender algo a los humanos, es quitándoles todo. Entonces, es curioso, hasta los niños comprenden.

Así que, mis queridos hermanos y hermanas, puesto que el Cielo os ha enviado aquí para ser atormentados por mí, no tenéis otra cosa que hacer que trabajar para la armonía. En vez de pasar el tiempo en toda clase de otras cosas, en vuestras distracciones, vuestros tráficos, en vuestros pequeños amoríos, pensad en realizar la armonía en vuestro ser para que todas vuestras células vibren al unísono. Todo el mundo ha escuchado una orquesta y sabe que, si un solo ejecutante no se encuentra en armonía con los demás, el resultado es una espantosa cacofonía. Pero, después, son incapaces de comprender que se produce exactamente el mismo fenómeno con el cuerpo físico, con el ser entero, porque los órganos son como instrumentos que deben ejecutar juntos una partitura. Tratad de leer cuando tenéis cólicos, dolor de muelas, un grano en el pie, una calentura en la cabeza... no comprenderéis nada, porque toda esta desarmonía que hay dentro os lo impide. Es preciso que todo se serene y se calme para que comprendáis.

¡Cuántas cosas hay en la vida para hacernos comprender la importancia de la armonía! En las orquestas, los coros, los ballets, los conjuntos rítmicos, y hasta en los ejercicios militares, todos deben armonizarse. Todo en la naturaleza y en la vida está ahí para instruirnos, para mostrarnos lo que es bello, lo que es magnífico, lo que es maravilloso, lo que es estético, pero el hombre, en su interior, sigue deteriorado y viviendo en la cacofonía... ¡Ah! ¡Los hombres!, ¡no me habléis! Nunca quieren ponerse en armonía con las leyes del universo. Son los únicos, además, que no están en armonía. Los animales, los insectos, las plantas están en armonía; y los espíritus, los ángeles... todos, excepto los humanos. Sí, anarquistas...

Ahora, pues, dejad todo de lado para pensar solamente en la armonía, en armonizaros día y noche. Cuando lo logréis, de un solo golpe comprenderéis todas las leyes del universo, porque la armonía os dará la posibilidad de comprenderlo todo de un solo golpe. Que la luz, la paz y la armonía estén siempre en vosotros.

* * *



www.laenseanza.org